

Artistas y barruntafechas

El desasosiego por el fraude de tanto trabajo llamado histórico se generaliza. En un sólo suplemento dominical de *El País* (15-02-98) Luis Sepúlveda. "Historias marginales", recuerda la violencia en el cono sur o en campos de exterminio nazis y cita una inscripción del de Bergen Belsen, "Yo estuve aquí y nadie contará mi historia". Rosa Montero en nota sobre anuncios por palabras, enfatiza que para demasiados serán "probablemente lo más cerca que jamás estarán de la crónica escrita, de la palabra pública, de la historia oficial de este país. Para esto sirven los clasificados: para recoger la voz de los sin voz".

Al contrario, mucho creador, empezando por los citados, tiene en cuenta, narra o se inspira en, hechos retrospectivos que tanto analista olvida, tergiversa o ningunea. El grupo Tantakka Teatroa adaptó para la escena *El florido pensil*, de Sopeña Monsalve, reseñando, entre otras cosas, el cariz represivo de la escuela durante la dictadura fascista, el rol activo, central o hegemónico que en ella desempeñó el catolicismo, el enfoque aberrante y delirante de la cuestión sexual o la manipulación grotesca del ayer peninsular. Lo que podría cotejarse con réplicas a la sugerencia del obispo auxiliar de Barcelona de que la iglesia pida perdón por sus responsabilidades contraídas entre 1936 y 1975.

El País también permitió confirmar, hace poco, esta conjetura: el abismo entre pasado y engendro académico frente a precisión y utilidad de tanta obra artística. El discurso de Castro por la visita de Wojtyla lo objetaron "historiadores de prestigio" y sólo el ensayista Sánchez Ferlosio, en carta al director, recordó el cariz de la conquista; mientras exabruptos del pontífice, proponiendo democracia, él, déspota de uno de los estados más totalitarios e integristas del orbe, fueron reprobados por Maruja Torres y Haro Tecglen. Tras libelo de Moreno Fragnals, engañando, alterando y falseando, la escalada de despropósitos culminó con un editorial acusando a los Castro de manipular el pasado.

Gerald Brenan rechazando la oferta de Oxford para escribir la voz España en uno de sus manuales, enfatizó "No se puede llegar a la verdad escribiendo historia; sólo los novelistas lo consiguen". García Márquez no es por supuesto cronista pero la lectura de sus obras proporciona un útil bagaje para captar lo sucedido, una realidad y unos ambientes que a los occidentales se nos escapan por habernos divorciado ya en exceso de la vida y la naturaleza. Lo mismo se puede decir de Alejo Carpentier que, lejos del academicismo, brinda claves para comprender y entender el mundo caribeño de finales del siglo 18. Para lo que no sirve la Historia oficial, pues es total la discordancia entre ella y pretérito, así como entre ella y la memoria que la gente conserva de lo ocurrido, lo que ayudaría a inferir su, mentado, desprestigio pues es visualizada como uno de los rostros, conocidos, de la represión.

Por todo ello el *Boletín Americanista* inicia este nuevo apartado, en la que deseáramos reproducir breves obras de creación.